

patronato, inspirado en el temor y lleno de inconvenientes. ¡A Dios gracias, la época del patronato está para concluir, y sólo el verde pabellon del Brasil cobijará desde entónces bajo sus pliegues una de las mayores iniquidades que registra la historia! La Providencia reserva á D. Pedro II el último triunfo, el ménos glorioso, en esta carrera.

El divorcio en varias naciones.

Si la familia es la base de la sociedad, cuanto se refiere á la primera debe ser en extremo interesante para los legisladores; y por más que la civilizaci6n despliegue toda su pompa, y las ciencias florezcan, y el comercio acumule tesoros, si en la constitucion y régimen del hogar doméstico no se respetan los eternos principios de justicia, la cultura del pueblo en que el desórden cunda será una mentira y la ciencia no dará más que desabridos ó amargos frutos. Ahora bien, varios países de Europa y América en los últimos años, como sacudidos por una corriente eléctrica, nos presentan el mismo movimiento que pudiéramos denominar *contrario á la constitucion de la familia* por ser favorable al divorcio. En los Estados-Unidos se trata de poner obstáculos á la facilidad con que se disuelven los enlaces matrimoniales, y el ser nueva aquella sociedad no ha podido impedir que el mal aparezca, ni ha dejado de llamar sobre el remedio la atencion de los legisladores. En Alemania y en Suiza no se observan tantos divorcios; pero sí los bastantes para que la legislacion dedique todo su conato á robustecer la constitucion de la familia. En Francia se han logrado al fin los propósitos de los defensores del divorcio, representados por A. Naquet, oradores *pro domo sua*, que venian sosteniendo desde hace algunos años una constante campaña. El arte dramático y la novela defendieron esta causa mucho ántes que lo hiciesen los legisladores. En vano los católicos, y entre ellos elocuentes oradores como el célebre P. Didon, sostuvieron los principios opuestos. La indisolubilidad del matrimonio ha parecido una ley demasiado pesada y el *deber* una carga intolerable. Pero por sí todo esto no diese á nuestros lectores idea bastante clara del estado de los ánimos en semejante cuestion, Alemania, en la familia de uno de sus soberanos, acaba de presentar un espectáculo que, como la nuestra, creemos que habrá de llamar la atencion de nuestros lectores.

El Gran Duque de Hesse, viudo de una hija de la Reina Victoria de Inglaterra, la Princesa Alicia, trataba de contraer matrimonio con otra; pero como las leyes inglesas prohiben los enlaces en el primer grado de afinidad, se ha burlado la ley por medio de otro enlace y de un divorcio. Se ha convenido en que el Gran Duque se case con una señora, Mad. Colomine, que se preste á esta farsa, llamándose Gran Duquesa (*de Gerolstein?*) unas cuantas horas, y efectuado el divorcio ya se cree vencida la oposicion de las leyes inglesas. Los que recuerdan la historia de la *Reforma* protestante durante la vida de Lutero, podrán comparar este caso con el doble enlace del Elector de Hesse, á quien permitió la bigamia el apóstol de Wittenberg, asegurándole que no se hallaba prohibida en la Santa Escritura; teoría que si admitió y predicó el maestro, fué terminantemente rechazada por alguno de sus más aprovechados discípulos, el célebre Melancton. Por eso decíamos que la desorganizacion de la familia y el olvido de sus leyes más fundamentales se han propagado como cizaña entre los trigos por los más cultos países de América y Europa.

Ana Damiens Judic.

Por no perder la costumbre de tener en nuestra capital un teatro francés, costumbre que ahora no juzgamos, ha venido á nuestra escena, si tal puede llamarse la que ocupa, esta favorecida actriz. Nació en Saumur (*Côte d'or*) en 17 de Julio de 1850. Discípula de Regnier en el Conservatorio, comenzó su carrera dramática en 2 de Junio de 1867 en el Gimnasio; en 1871 representaba en Bélgica, y al año siguiente en los *Bufo Parisienses*. La opereta denominada *Timbale d'argent*, de Noriac y Vasseur, logró más de doscientas representaciones debidas en gran parte al talento de Mad. Judic, y en Inglaterra y en Rusia manifestó esta notable actriz sus recomendables prendas para el teatro. El cólera no le ha impedido pasar nuestra frontera, y aunque nos permitimos creer que

no todos los que asisten en Madrid á un teatro francés pueden juzgar ni aún entender á sus actores, presumimos que la cosecha de laureos que entre nosotros recoja no será inferior á la que ha recogido en otras capitales.

Las explosiones de las minas.

En todos los países mineros se deploran de cuando en cuando terribles catástrofes producidas por las explosiones de gas en las minas, á pesar de que el famoso químico inglés Humphrey Davy evitó muchas con su invencion de la lámpara de mineros. Un periódico de esta profesion calcula en 500 las explosiones que se han contado durante el presente siglo en varias naciones, y en 4.600 el número de víctimas. Las minas formaban para los antiguos una parte del tenebroso Hades, reino de Pluton; y ¿quién sabe si algunos de los tormentos que se padecian en el Tártaro no se referian á estas catástrofes tan horrorosas como frecuentemente imprevistas?

Una dinastía de la Edad Media.

Nada más novelesco y extraño para nuestra sociedad actual que la historia de ciertas casas soberanas de la Edad Media, que llenan las más brillantes páginas en los tiempos de la caballería. Para comprender esta parte de la historia conviene tomar lecciones de *Don Quijote*, cuando describe las vicisitudes de los linajes, comparando las figuras de Reyes y Emperadores con las de los cómicos, revistiéndose y despojándose del manto y empuñando ó deponiendo el cetro como los actores sus galas, tal vez sin otra diferencia que la de tomar unos como *cosa seria* lo que otros confiesan como de burlas: conviene recordar que hay linajes y dinastías que de pequeños principios llegan á grandes fines, y otros que «concluyen en punta como pirámide,» y que si bien hoy se improvisan y se derrumban dinastías, como aparecen y desaparecen en el mar islas volcánicas, no es ni con mucho tan frecuente este fenómeno como en la época inaugurada con Carlo-Magno y concluida al mismo tiempo que las Cruzadas. Los periódicos rusos han comunicado á toda la prensa la noticia del fallecimiento del coronel Luis de Lusignan, que se titulaba Rey de Chipre, de Jerusalem y de Armenia, cuyo féretro en la ceremonia del entierro iba precedido por heraldos que ostentaban los blasones de los tres reinos. Entre todas las dinastías de la Edad Media, la de Lusignan, de la que conocemos en francés una historia en dos tomos en 8.º, es una de las más dignas de ejercitar la pluma del poeta y del novelista. Desgraciados caballeros que, si al principio de triunfo en triunfo, despues de derrota en derrota, como en la de Tiberiades, fueron llevando la cruz por varias regiones del Oriente sin que les socorriesen la familiar *fada Melusina*, ni los ángeles de la religion cristiana. La familia á que pertenecia el coronel Luis, recientemente muerto en San Petersburgo, y que deja un hijo heredero de sus gloriosos y vanos títulos, contó pocos, pero esclarecidos Reyes, á uno de los cuales, por cierto, abrumado de graves compromisos y deudas en sus bélicas expediciones, se debe la invencion del papel-moneda como recurso para pagar á sus tropas, mucho ántes que el Conde de Tendilla en el asedio de Granada acudiese al mismo expediente. Los tres reinos de Chipre, de Jerusalem y de Armenia constituyeron algun tiempo el ambicionado patrimonio de esta familia, que por su dilatada permanencia en las comarcas de Levante contrajo muchas de las licenciosas costumbres y de las despóticas inclinaciones, y se dejó llevar de los sanguinarios instintos y de las intrigas del harem que registran las crónicas de las dinastías musulmanas. Las antiguas familias occidentales, Cornaro y Gatelusio, que residieron en Oriente fueron, sin embargo, beneméritas del cristianismo y del catolicismo, porque léjos de seguir, como los Emperadores de Bizancio y Trebisonda, el cisma griego, favorecieron el credo ortodoxo y mantuvieron á costa de heróicos esfuerzos el equilibrio que despues se deshizo completamente entre las comuniones griega y latina. La familia veneciana de Cornaro, representada por Catalina y protegida por la Señoría del Adriático, vino á recoger los restos de aquellos pobres monarcas, cuya pompa ya desde hace siglos, como ahora en San Petersburgo, se reducía á los entierros. Al ménos, los últimos representantes de las dinastías caballerescas, á manera del fénix de la

fábula, caen sobre una pira de laureos y aromas, á diferencia de los Reyes que en nuestros dias son destronados ó desterrados, de que habla Daudet, y que se extinguen muy de otra manera. Entierran aquellos su bandera, como terminados los dias de Francisco V se enterró la de Módena.

El recuerdo de las hazañas, por las que en otro tiempo se adquirian los tronos, y de las virtudes, ó por lo ménos del valor con que se conservaban y de la dignidad con que se perdian, algo ha de significar en este tiempo en que por plebiscitos ó por comision de Reyes poderosos se adquieren, y se pierden por conmociones populares.

Una poblacion de la Edad Media en 1884.

Cada vez que recibe Turin la visita de sus antiguos Príncipes, se engalana para prestar digno alojamiento á la familia que supo hacer de la ciudad el núcleo del reino de Italia y dió entrada á la voluntad de este pueblo en las deliberaciones de Europa. Pocas ciudades más adornadas en medio de su antigua oscuridad comparada con su futuro esplendor: la naturaleza y el arte se habian aunado para embellecerla y convertirla en vestibulo digno de un soberbio palacio, donde competian mil prodigios de las artes y mil lumbreras de todas las ciencias. Como Anibal descendiendo de los ventisqueros de los Alpes á las llanuras regadas por el Pó comenzó á lisonjear su imaginacion con la conquista de Italia, donde las delicias de Capra habrian de ofrecerle amplia compensacion á las fatigas de la guerra, así los viajeros ya desde la capital del Piamonte se prometen caminar de sorpresa en sorpresa hasta los monumentos de Roma, las mágicas perspectivas de Venecia y el apetecido descanso de Nápoles, donde lo bello y lo sublime se observan á la vez, y parece que la naturaleza encendió adrede un volcan para que iluminase con misteriosa luz aquel panorama sin igual en nuestro continente. Los álamos de las márgenes del Pó son las hermanas del hijo de Apolo, que lloran la imprevision del mal aconsejado mancebo conductor para su desgracia del carro del sol; la Etruria, como nuevo Egipto que enseñara al Occidente las tradiciones religiosas, adornada con las ínfulas y vestiduras sacerdotales; Nápoles, con los atavíos de las bacantes y de las sirenas, y Venecia, como traidora ondina, que acabó por sepultar en las ondas del Adriático á sus antiguos señores, todas estas regiones y ciudades abundan, como en trágicas leyendas de la Edad Media, en amables mitos de la romana. La antigua de los *Taurinos*, al celebrar este año la Exposicion nacional, ha querido renovar á la vista de sus huéspedes una poblacion de los siglos medios, con sus edificios, con sus habitantes y con sus costumbres. Si donde quiera se mira con respeto la antigüedad, en Italia obtiene por todas partes una especie de culto. El castillo, que de tarde en tarde se abre, lanza de sí á los Visconti, á los Sforza; tras del mostrador salen los Médicis, y de pequeñas escuelas, en que nadie fijaría su atencion, los Pico de la Mirandola. Todo presenta allí diferente aspecto que en los demás países de Europa: Venecia, sin territorio propio, desencadena su heráldico leon y afila sus garras contra los potentados del Oriente y reivindica para Italia la supremacia que aún no ha perdido en Grecia, en Turquía, en Siria y en mucha parte del Norte de Africa; Florencia prefiere con stituirse en museo, y allí, como en primavera las flores, se desenvuelven todas las artes; Milán en depósito de armas, y las fabrica, si bien contra sí misma, así de lujo como de combate, de admirable temple, que las hace codiciadas de toda Europa; Roma se convierte en santuario, y forja tambien armas espirituales, y promulga códigos, y perpetúa para todos los siglos y extiende á todo el mundo la influencia del sacerdocio; Génova eria en la oscuridad al descubridor del Nuevo Mundo, como en las entrañas de la tierra el oro, y Florencia al gran explorador del cielo, que duplican los dominios de la ciencia humana. Tal fué Italia cuando su pabellon estaba partido en mil girones, sus monarquías y repúblicas en perpetua lucha entre sí mismas y con los extranjeros; tal fué Italia, por decirlo así, en el estado de larva, porque no de otro modo puede calificarse su vida durante la Edad Media.

El castillo, que al mismo tiempo era palacio en aquella edad; el taller del obrero, de donde habia de salir labrado por las manos del pueblo el *carroccio* que servía de símbolo á las libertades italianas; la Iglesia,

donde se reunían el señor del castillo y el vasallo de la granja y del taller; el carpintero que se convertiría en Gregorio VII; el pastor que había de ser un Giotto; el *condottiere*, modelo de los Alejandro Farnesios; el humilde pescador de Amalfi que, sin renunciar el camino de su pobre casa en la playa, había de darnos la brújula, todo eso ha querido reproducir Turin en aquella parte de la Exposición nacional á que se refieren nuestras indicaciones.

La galería retrospectiva del trabajo en una de las Exposiciones universales de París nos ofreció más extensas muestras de lo que fueron las pasadas edades; pero no mejores en su género que la población de la Edad Media, vista como á la evocación de un Cagliostro por los que han admirado el último certámen.

Augusto Nicolás: Roma y el Pontificado.

Conocido era ya de nuestros lectores el nombre de este sabio y laborioso escritor, citado en todas las Academias donde no se cita con rubor el nombre cristiano y bendito una y otra vez por los Papas. No es un apologista á la manera de Chateaubriand, que defiende nuestro credo en la región de los afectos; ni lo es como Hoettinger, que lo defiende frente á frente de la exégesis alemana; ni como Veuillot, en cuya apología se descubre más ó ménos velado el espíritu de partido; es como un término medio entre los dos primeros, y se nos antoja que apenas tiene relación con el último. Así brillaron en la antigüedad con talentos muy diferentes Minucio Félix, Lactancio y Tertuliano. La obra apologética de Nicolás, cuyas grandes líneas se hallan trazadas en sus hermosos *Estudios sobre el Cristianismo*, se va completando con otras de segundo orden, entre las cuales descuella la de *Roma y el Pontificado*, recientemente traducida á nuestra lengua. Hablando de la significación histórica de Roma y de lo que debe la ciudad á los Papas respecto á la conservación de los monumentos, dice: «El modo con que han procedido demuéstralo bien. Cuanto ha podido subsistir de los monumentos de Roma pagana, lo han sostenido, sin ninguna de esas falsas restauraciones más perjudiciales que el abandono; lo han conservado, como los arcos de Tito, Antonino y Constantino; como el Coliseo, el Palatino, el Panteon, el Foro, así el antiguo como el de Trajano con su columna triunfal de Judea, apropiándose los en justicia, por medio de una consagración tutelar, grabada sobre estos monumentos, por esta causa paganos y cristianos á la vez, y siempre romanos. Digo en justicia, pues se ha realizado con el triple derecho de victoria, salvación y sucesión en Aquel á quien las naciones han sido dadas en herencia. Por un lado de esos monumentos, muy especialmente en los arcos de triunfo que reasumen la gloria antigua, léese el título *Pontifex Maximus*, conservado como un epitafio á los Césares que los elevaron, y en el otro el mismo título *Pontifex Maximus*, recordando á este ó al otro Papa que los preservó y generalizó, á ese papado que los sostiene ¡de tal modo el destino de Roma era pontifical!»

Si se han de creer algunas afirmaciones de este libro; si fijamos la consideración en ciertos discursos de nuestras Cámaras y de otras extranjeras; si se atiende á los propósitos poco disimulados de algunas potencias, la cuestión romana está próxima á entrar en una fase completamente nueva y favorable al restablecimiento del poder temporal de los Sumos Pontífices. Dos soberanos en Roma (y el Papa lo es de una manera especialísima siempre) no caben ni pueden durar, y la política secular restablecerá cuando le convenga, ó cuando éntre en los designios de la Providencia, el antiguo régimen. La política italiana, nunca fácil, jamás ha sido tan difícil de dirigir como en nuestros tiempos. Y nada vale que los Reyes de Italia se busquen amigos en los que rodean el solio pontificio; más de una vez los Cardenales amigos de los Reyes se les han opuesto no bien recibieron la augusta investidura de Pontífices. Por eso un Emperador de Alemania dijo al saber que un íntimo familiar suyo fué elevado á la Santa Sede: «Lo siento, porque pierdo el amigo.» Cuando pasen estos primeros tiempos de unidad italiana, pronto se conocerán las dificultades que presenta para el régimen del Estado la supresión del poder temporal; y lo más digno de observarse es que tales dificultades crecerían notablemente si el Papa, como también se ha

indicado, saliese de Roma. Los mismos naturales de la Ciudad Eterna llamaron *cautiverio de Babilonia* al largo período en que los Vicarios de Cristo y sucesores de San Pedro residieron en Francia; jamás registró la historia de la ciudad época más llena de infortunios. La Roma de los Papas, en otro sentido que la protestante Ginebra, puede repetir la divisa de esta ciudad: *Post tenebras spero lucem*; no sabemos cómo, pero creemos que reaparecerá en su horizonte la luz de los antiguos días.

Las islas Carolinas.

La colonización del siglo XIX puede escoger entre el continente africano y el mundo insular de la Oceanía las tierras donde se haya de establecer, porque si no de hecho, al ménos de derecho las de América todas se hallan apropiadas por unos ú otros Estados. En todos los europeos se despierta un entusiasmo por la colonización muy semejante al del siglo XVI, y hasta parece que van á renacer de sus cenizas las grandes compañías mercantiles privilegiadas. Suscítase de nuevo el problema de cuáles son las señales de apropiación que dan origen á la soberanía de un territorio, y se aplican las leyes de la prescripción al pueblo europeo indolente que no ocupe, que no defienda ó que no beneficie sus posesiones. Para que en todo lleve el nuestro la peor parte, así como ha querido aplicársenos la ley de la prescripción en una zona de Borneo, se ha tratado de hacer lo mismo respecto á las Carolinas, que son nuestras, pero que tenemos olvidadas. Italia, Alemania y Bélgica son hoy las naciones que aspiran al nuevo título de potencias coloniales, y es preciso estar muy en guardia, sobre todo contra las pretensiones de las dos primeras, porque Bélgica presenta en sus empresas un carácter de expediciones científicas, que por ahora no debe inspirarnos gran cuidado. La marina italiana y la alemana han menester colonias, lo mismo que la excesiva población, la industria y el comercio en crecimiento constante. Las naciones que se encuentran en tales circunstancias sostienen que cualesquiera territorios de Africa y Oceanía que no estén apropiados efectivamente pueden ser legítima adquisición de los nuevos colonizadores, á pesar de los títulos de descubrimiento y antigua ocupación, cuando ésta haya sido seguida de abandono, sin expresa y terminante cesión de derecho. Claro es que la diplomacia de las antiguas potencias coloniales no puede consentir en la aceptación de esta doctrina, porque no habiendo atendido igualmente á sus posesiones todas, no por eso renuncian á su dominio. Sólo la insaciable Inglaterra, tratando, como los defensores de una plaza sitiada, de levantar trinchera tras de trinchera y colonia tras de colonia para adquirir las unas conforme vayan emancipándose las otras más antiguas, patrocina la nueva teoría, á pesar de ser la potencia más rica en posesiones ultramarinas.

España no puede ni debe ser invasora en América; pero cúmpleser todo lo contrario en la Oceanía. La defensa de las Filipinas ha de imponerle todavía costosos sacrificios, si con tiempo no va rodeándose esta magnífica posesión de otras colonias, á las que tenemos innegable derecho. Cuando los navegantes españoles empezaron á descubrir tierras en la Oceanía, preocupados los nuestros con las conquistas de América, no atendieron á su establecimiento en aquellos otros países. Sin embargo, la necesidad de conservar las Filipinas les movió á expediciones que llegaron hasta las Molucas, y aún más lejos, como puede verse en la historia especial de Argensola, en la de Filipinas del P. Juan Bautista de la Concepción y en otros autores. De manera que no es nueva la política que proponemos. La dolorosa lección del siglo pasado de nada nos ha servido; sólo al nunca bien elogiado, y por desgracia ni aún bien conocido D. Simón de Anda, cuando la invasión inglesa, debimos la conservación de tantas y tan ricas provincias, y entonces se conoció cuán difícil será la defensa de las mismas siempre que una nación poderosa en fuerzas navales se proponga hostilizarnos. Llamamos sobre la actitud de Alemania la ilustrada atención del Gobierno, y rogámosle que haciendo, si puede, tregua en las campañas meramente políticas, vele por la conservación de la herencia de Magallanes y Legaspi, sin olvidar la que también nos legaron, al ménos como derecho, Mendaña, Quirós y Malaspina en ese mundo novísimo insular formado por las tierras oceánicas. No olvide-

mos lo que decía Balmes: «al fijar la vista en los documentos de administración y política que encontramos en los periódicos, ocurre desde luego la idea de que buena parte podría acomodarse en los folletines»

También el periódico portugués *O Seculo* se queja del lastimoso estado de la marina lusitana, diciendo que apenas tiene tres buques de combate. Con semejantes elementos habrán de ceder á otras su puesto las antiguas potencias coloniales, las que hicieron en otro tiempo

«frenos para sus caballos
de los cetros extranjeros!»

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA

LA MUJER

CON SUS ATRIBUTOS Y CONCEPTOS MORALES.

Si echamos una ojeada al pasado de la mujer, un sentimiento de profunda melancolía se apodera de nuestra alma. Vemos á esa bella mitad de nuestro propio sér cruzar serena el sendero de la vida, ora altiva, ora humillada, en relación á las diferentes épocas de desmoralización que, en remotas edades, sociedades corrompidas, llevadas de su impúdico desenfreno y olvidadas de todo precepto moral, la arrastraban impunemente al inmundo lodazal de las pasiones, arrojando sobre su frente la mancha deshonrosa de estigma y de baldon, y entonces ella, víctima indefensa, enjugaba en la soledad sus lágrimas con el puro cendal de su inocencia. ¡Desgraciada condición!... ¿Vino al mundo tan sólo para llorar? Creemos que no. Y sin embargo... ¡cuántas lágrimas de dolor vertidas... cuántos suspiros de lánguida melancolía arrastraba el aura en sus volubles giros! ¡Ah! Si pudiéramos extendernos con amplia libertad en el terreno de la historia, ofreceríamos á nuestros lectores un cuadro de sufrimientos y miserias, escondido entre las celdas de las vestales y las espléndidas riquezas de aquellos tiempos. Pero no, no es ese nuestro objeto. Es considerar á la mujer como una entidad moral, un sér que siente y que endulza las amarguras de nuestra vida con los encantos que posee; un sér que piensa y ríe con nosotros, desterrando de nuestra frente las sombras de fatal melancolía, y un sér que quiere, cuya volición representa el poder personal del yo consciente, y revela esa necesidad instintiva llamada amor que tanto la caracteriza y embellece, y es la síntesis, por decirlo así, de todos sus atributos y conceptos morales. Es más: en armonía con los fines para que ha sido creada, la naturaleza, pródiga y previsora, se complació en dotarla de mayor sensibilidad, de esa sensibilidad especial propia de los sentidos tan superiores á los del hombre que hacen de ella un sér más perfecto, tanto en el orden físico como en el moral, y que, obedeciendo á las leyes naturales, la ponen en contacto con el mundo físico, estableciendo ese dualismo que existe entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, entre el sér pensante y la cosa pensada, entre el pensador y el pensamiento.

Al llegar aquí no podemos renunciar al deseo de consignar la opinión del Sr. Varela Montes sobre la importancia de los sentidos, como elaboradores de la inteligencia, el cual se expresa en estos términos: «A nadie sin duda dejaría de llamar la atención, desde el fisiólogo que ve descender su influencia al acto mismo de la nutrición, hasta el filósofo que reconoce en los sentidos el primer paso á las elaboraciones intelectuales, extendiéndose, por lo tanto, su poder á las altas funciones del alma, para

1 Bernardo Lopez Garcia.—*At Dos de Mayo de 1868.*

«lo que son, como dice Sappey, centinelas avanzados en la inteligencia. Tan importante es su misión, que la naturaleza los coloca lo más cerca posible del centro nervioso; y uniendo la belleza al interés de su obra, hace hermosos los órganos de los sentidos para exponerlos en la parte más visible del individuo, en la siempre, por su presencia, descubierta en el hombre, y tan relacionados con su espíritu, revelan muchas veces lo que algunas trata de ocultar quizá su perverso corazón.» ¡Qué horizonte tan vasto presenta la personalidad humana bajo este punto de vista!... ¿Quién, fijándose en esto solo, deja de admirar la previsión y bondad á un tiempo que el Hacedor manifiesta en todas sus obras? Ciertamente, nada más admirable que el modo de verificarse estos fenómenos. Pero lo que es más sorprendente, lo que la misma ciencia ignora, es la rapidez de las percepciones en un instante indivisible, cuyo fenómeno en su producción íntima revela claramente lo pobre y limitado de nuestra inteligencia, y que hay secretos en la naturaleza que el hombre no puede penetrar. Ahora bien; si la mujer es la mitad integrante de nuestro ser, ¿quién duda que es susceptible de educación, y que, como criatura racional y sensible, puede y debe ilustrar su razón con los altos fines para que ha sido creada? ¿En que se fundan sus detractores para negarle toda participación en el movimiento intelectual y científico, origen y fuente de todo progreso humano? ¿Será acaso porque su complejidad es más débil y sus afectos más tiernos, ó será quizá porque no quieren ver en ella más que esa especie de sensibilidad refleja, automática, que se siente y no se percibe, propia, generalmente de los fenómenos afectivos? Es imposible confundir á la mujer de esta manera, porque si bien es cierto que su afeccionidad es mayor, efecto de las obligaciones que la naturaleza y la sociedad le imponen, también lo es que en todos sus actos se revela con una claridad vivísima esa visión evidente llamada intuición, en la que la razón establece y formula sus principios con una evidencia inmediata y perfecta. Si los estrechos límites de este artículo nos permitieran extendernos con toda la libertad posible en el orden de consideraciones á que se presta el estudio fisis-psicológico de la mujer, haríamos ver sin trabajo que, tanto en su organización física como en sus facultades, la naturaleza ha sido tan pródiga con ella, que parece la escogió como tipo de sus perfecciones. La anatomía, que es la ciencia que trata de la organización humana, nos la presenta como un conjunto armónico de formas seductoras llenas de poesía, voluptuosidad y sentimiento. Nos demuestra á la vez la finura y multiplicidad de sus órganos, que, en relación con su exquisita sensibilidad, forman la correspondencia mutua del misterioso mecanismo de sus funciones y de los altos fines para que ha sido creada. Empero si su complejidad es más débil, es porque no sólo obedece á la finura y elegancia de sus formas, sino á que la mujer no nació para los ejercicios mecánicos representados por la virilidad y la fuerza propia del hombre; nació, pues, para fundar las delicias y el amor de las familias. Si pudiéramos entrar de lleno en el terreno de la fisiología, al ocuparse de la vida de relación veríamos que una de las primeras necesidades del espíritu humano es la educación; por ella se dominan los instintos, se dirigen los sentimientos y se aplican los talentos. Luego siendo la mujer el primer eslabón de la cadena social por donde empieza la educación de la infancia, ¿no es un deber que la misma naturaleza le impone ejercitar sus facultades é instruirse convenientemente para poder dirigir el aprendizaje de esos tiernos seres, á los

cuales se halla ligada por mil lazos sociales y religiosos?... ¡Grandiosa y sublime misión la de la mujer!... Ella es la que establece nuestras primeras relaciones con el mundo moral y físico; ella la que con sus ternuras y cuidados rodea nuestra cuna, enjugando nuestras primeras lágrimas; y ella, en fin, solícita y desvelada nos prodiga toda clase de atenciones, inspirándonos las sabias y virtuosas máximas de moral que regularizan nuestras acciones, nos da las primeras reglas de la vida, que trazan la senda de nuestro porvenir, y sólo en ella, en su naturaleza misma y en su sensibilidad, se encuentra ese algo sobrenatural que tan grandemente se presta al apostolado de la instrucción. Por eso el abate Gaume, al ocuparse de la mujer católica, dice: «La mujer educada es un manantial fecundo de todo bien, el hombre la respeta y la rodea de toda clase de miramientos, y ella, aprovechando la sensibilidad de su corazón y su actividad, pone en juego todos los recursos de su espíritu en bien del hombre y de la sociedad. En suma, ella es la síntesis de las virtudes, la moral le pertenece, y no hay cuadro ni ejemplo alguno en la vida que no nos la presente con esos rasgos característicos que le son tan peculiares, en los cuales resplandece la religión y la caridad. La fe, dice Orígenes, es la base del edificio, la esperanza es el cuerpo, y la caridad el remate. Con esto se ve fácilmente que no pueden existir las unas sin las otras; son como hermanas, se atraen, se dan la mano y se perfeccionan mutuamente.» Nosotros diremos: la mujer que, gracias á la educación, no ha dejado corromper sus ideas y su corazón, es un ángel cuyo purísimo aroma embalsama la sociedad. Tal es la mujer educada con sus atributos y conceptos morales.

EDUARDO REDONDO TORRES.

Á BELISA

Estrella de los cielos desprendida;
encantadora y pálida azucena;
humilde fuente plácida y serena
bajo dosel de flores escondida:

Aún sigues siendo mi ilusión querida;
el noble objeto que mis ansias llena;
el dulce alivio á mi constante pena,
y el anhelo más grande de mi vida.

Con el afán que en noche tormentosa
aguarda el abatido marinero
la claridad del alba misteriosa,

Así, Belisa, tu cariño espero,
y pasas ante mí, pura y hermosa,
como la imagen del amor primero.

PEDRO DE LARA.

REVISTA MENSUAL

ESPECIAL PARA «LOS DOS MUNDOS.»

El istmo.—Panamá.—Los trabajos del canal.—El Clayde.—Costa-Rica.—San Juan de Luz y Corinto.—Leon y Momotombo.—El lago de Managua.—Contrato con la Compañía Kosmos.—Escuela de agricultura.—La recepción del Presidente del Salvador.

Sr. Director.

Teniendo necesidad de atravesar el istmo para ir desde Colon á Panamá, es necesario sucumbir á las exigencias de *La Panama Rail-road Company*, que como empresa única y privilegiada sabe explotar con grandes ventajas la línea férrea, en los fletes de mercaderías y en el fabuloso precio de los billetes de pasaje.

Los trenes parten desde Colon dirigiéndose por frente á la playa, describiendo á pocas millas una curva nada violenta, hasta internarse en hermosos y feracísimos bosques.

Propiamente dicho, Colon y sus inmediaciones no

pertenecen al istmo. Toda esa zona no es tierra firme. Constituye una isla unida al istmo por medio de un puente, habiéndose así realizado la comunicación de dos territorios que la industria humana necesitó para el tránsito fácil de la locomotora, obviando las dificultades que la naturaleza espontáneamente creara.

Bastante accidentado el istmo, no tiene sin embargo colosales elevaciones, ni presenta su topografía general grandes diferencias en cuanto á la índole de los terrenos, todos fértiles y con exceso pródigos en diversidad de ricos frutos.

Hay allí bosques en donde las palmeras, los bananos, los mangós y otra diversidad de producciones tropicales constituyen grandes riquezas, sin que para nada contribuya el esfuerzo humano, porque la naturaleza se encarga de todo. El cultivo ni la industria, en ninguna de sus manifestaciones, han penetrado allí. La agricultura no existe aún para esos territorios tan llenos de vida, de lozanía, de fuerza, de desarrollo y de hermosura. Poco trabajo se necesita para obtener de la tierra dos y tres cosechas al año; pero no hay quien se dedique á arrojar siquiera la simiente, y continúa el estado primitivo en aquellas selvas vírgenes cuyos encantos maravillan, porque conservan misterios y armonías lógicamente desconocidas para el hombre civilizado, que en su constante lucha con la naturaleza, aún sin comprenderla, intenta y consigue la más completa dominación.

La ciudad de Panamá en pocos años se ha transformado, de un centro pobre y sin movimiento alguno, en población comercial, rica y de gran porvenir, no obstante que su presente es bastante halagüeño.

Puerto franco, lugar donde afluyen los vapores de Centro y Sur América y en contacto inmediato con el Atlántico por medio del ferro-carril, es Panamá un gran depósito comercial de indudables ventajas, porque es además el tránsito indispensable de cuantos viajeros atraviesan el istmo que han de esperar allí los respectivos vapores que deban conducirlos á otros países.

Favorece á Panamá el hecho de haber fijado allí su domicilio legal la *Compañía Universal del canal interoceánico*. Los trabajos para la apertura del istmo han desarrollado una serie de industrias lucrativas, han hecho constante la afluencia de personal numeroso que produce y consume, y han ensanchado más y más los horizontes del comercio interior del país.

El Gobierno colombiano ha concedido á Panamá las mayores libertades y licencias posibles. Allí el juego de azar es moneda corriente. Hay locales donde se anuncia la *ruleta* con gruesos caracteres, como si fuesen establecimientos de cualquier ramo de industria ó de comercio. Y en las plazas y sitios públicos, al aire libre, se juega á la *ruleta*, lo mismo durante el día que durante la noche.

Esto, unido á la prostitución, que es escandalosa, á la facultad de celebrar bailes y espectáculos de cierto género á toda hora y al desorden que en lo demás impera, no permitirán que sean sólidos los progresos de Panamá, porque el orden moral en desquicio nunca permite que los adelantos de carácter material sean duraderos.

Estando en Panamá no es posible dejar de visitar los trabajos de la apertura del istmo, que despiertan en el viajero vehemente y justificada curiosidad.

A poca distancia de la ciudad hallanse varios establecimientos de beneficencia, fomentados por la Compañía del canal, y luego se penetra en parajes perfectamente macadamizados, con caminos anchos, jardines en ciertos trechos, y tan elegantes como vistosas casas distribuidas en todas direcciones.

Llama la atención á la simple vista que lo expuesto tenga conexión íntima con la apertura del istmo. Pues esas casas, el macadam de los caminos, los jardines, etc., son costeados por la Compañía, pura y simplemente para comodidad y recreo de los empleados superiores, ingenieros y *notabilidades*, que allí se encuentran reunidas en gran número.

Personas juiciosas é imparciales aseguran que es mucho el tiempo perdido y dinero gastado en la construcción de casas de mero recreo, en reformar-